

## “Paremiología chilena”, por Ramón A. Laval

“**P**AREMIOLOGÍA, tratado de los refranes», dice el Diccionario de la Academia; y esta rama filológica tiene en el académico chileno señor Laval uno de los más sabios y felices cultivadores. Una prueba de ello es esta obra breve y sustanciosa en que se hace un estudio de los refranes más usados en Chile.

Especializado desde su juventud en los estudios del folklore chileno, el autor ha dado a las prensas una serie de interesantes trabajos sobre la materia, tales como: «Del latín en el folklore chileno», «Oraciones, ensalmos y conjuros del pueblo chileno», «Cuentos populares en Chile», etc. En todos ellos, no sólo campea la preparación lingüística y la observación aguda, sino que una amenidad que hace especialmente llevadera su lectura. Pudiera decirse que el señor Laval es un literato trasplantado a la sequedad de la investigación filológica, que él vivifica y hace jugosa con un gracejo muy criollo en la forma, pero de legítimo cimiento castizo.

El refrán, que ha matizado siempre de socarronería el habla popular, no podía ser desdeñado por este apasionado folklorista, sino que, por el contrario, debía hallar simpática acogida en sus manos doctas. Y de ahí, el estudio que comentamos en su segunda edición.

En la breve bibliografía paremiológica que encabeza el folleto, el señor Laval da fe de la importancia que han alcanzado en España los trabajos de esta índole. Bastaría reproducir la observación de que la «Monografía de refranes» de Sbarbi, que no alcanza sino hasta 1891, consta de 412 páginas in folio. Entre las obras que el autor menciona, son, sin duda, las más

importantes, porque se completan y permiten abarcar el vasto material de la paremiología española, el Vocabulario de Refranes, de Correas, y el volumen intitulado: «Más de 20,000 refranes castellanos», no contenidos en el anterior, cuyo autor es el eminente Don Francisco Rodríguez Marín. Este sólo título da idea de la enorme riqueza paremiológica de España. ¿Cuál es ahora, la de Chile?

Es indudable, como lo reconoce el mismo Laval en sus observaciones y notas comparativas, que la casi totalidad de los refranes usados en Chile son de origen español y sólo han sido modificados o adaptados al pasar a labios chilenos. Procede, al mismo tiempo, la observación de que las modificaciones han hecho ganar, por lo general, en gracia y eufonía al refrán primitivo, resultado que se debe, en gran parte, a que el lenguaje se ha modernizado y a la tendencia criolla de rimar las palabras en la paremia, con lo cual es más fácil retenerlas en la memoria, y se vuelve más pintoresca su expresión. Véanse algunos ejemplos.

(España)—Cada uno canta, como tiene la gracia.

(Chile)—Cada uno canta, según tiene su garganta.

(E.)—Apenas llámome Pedro.

(Ch.)—Apenas me llamo Arenas.

(E.)—Donde hay saca y nunca pon, presto se llega al hondón.

(Ch.)—Donde se saca y no se echa, poco rinde la cosecha.

(E.)—Cada uno en su negocio sabe más que otro.

(Ch.)—San Ambrosio, nadie es torpe en su negocio.

(E.)—Cual el amo, tal el criado.

(Ch.)—El buen patrón hace al buen peón.

(E.)—Quien da y toma, Dios le da una corcova.

(Ch.)—Al que da y quita le sale una corcovita debajo de la colita.

Son, sin duda, escasos los refranes de Chile que no tengan su correspondiente en España. Desde los tiempos más remotos, la lengua castellana ha sido rica en proverbios. Ya en 1508 el eglógico poeta Marqués de Santillana publicaba una recopila-

ción de 725 refranes, en un folleto de 12 hojas, por encargo del rey Don Juan. Y en el libro máximo del idioma, el Quijote, hay todo un capítulo, el XLIII de la segunda parte, donde chispean, como gemas de buena ley, los refranes, en la sabrosa plática de Don Quijote con Sancho, a quien da consejos para el mejor gobierno de la ínsula Barataria. Puede decirse que casi no hay una acción humana en la cual ingenio español no haya basado un refrán. En esta forma, es difícil hallar el proverbio chileno original que no pueda ser tildado de imitación más o menos burda. Hay, sin embargo, refranes criollos originales y sería interesante acometer la obra de reunir todos los que son propios de Chile, como se se ha hecho con los chilenismos, seleccionando únicamente lo que ningún parecido tenga con la forma que la misma idea haya alcanzado en otros países. De donde se infiere que, dada la profusa riqueza de la paremiología castellana, consideremos que sólo podrá hallarse originalidad morfológica, porque casi no hay concepto humano que no haya sido anteriormente explotado en este sentido.

Entre los que cita el señor Laval, mencionaremos algunos que tienen un sabor chileno genuino. Así éstos:

— «Jote que come carne fresca, no es jote, aunque lo parezca».

— «Matando la perra, se acaba la leva».

— «A los tontos les da la peste, a los lesos les da más fuerte».

— «Desde Renaico a Malleco, no hay poncho que no haga fleco».

— «Al hombre dejenló, y a la mujer dejenlá...»

— «Entre ponele y no ponele, más vale ponele».

— «La plata se gana al sol y se remuele a la sombra».

— «Pasen a banca y que no se les pele el anca».

— «A la oveja flaca, le ligan las garrapatas».

— «No soy conejo, pero las paro».

— «Ataje la yegua baya, que no se le vaya».

— «No tiene la culpa el chancho, sino quien le da el afrecho».

— «El que ha nacido chicharra, tiene que morir cantando».

— «Si te ronca la olla, échale gloriado».

- «Hacer lo de la guanaca: engordar pa morir flaca».
- «La mejor carne se la comen los perros».
- «No hay que buscarle cuesco a la breva», etc.

De los refranes en copla, acusan el mismo origen los siguientes:

«Mi mamita me dice  
que no te quiera:  
no se acuerda la vaca  
que fué ternera».

«El que se manea es vaca,  
lo llevan pa l'Alamea  
y hasta la leche le sacan».

El ponche y la mujer,  
pa que sean buenos,  
bien golpeados han de ser».

«No hay cojo ni tuerto bueno;  
no hay curcuncho desgraciado;  
no hay colorines sin pecas,  
ni guallipén bien hablado».

A juzgar por las notas de Laval, casi no existe bibliografía paremiológica en Chile. Sólo hay trabajos sueltos, tales como los artículos de Vicuña Mackenna en «El Ferrocarril» (año 1878), el estudio de Cannobbio sobre «Refranes Chilenos», y estudios fragmentarios de Barahona Vega y Zapata Lillo. Debe mencionarse, asimismo, el monólogo «El Refranista», de Nicánor de la Sotta, premiado en un concurso y que comprende una buena cantidad de locuciones chilenas de esta clase. Mas existen numerosos escritores chilenos que han usado con abundancia los refranes, tales como Pérez Rosales, Román Vial, Blest Gana, Díaz Garcés, etc. De todos ellos, Laval da la palma de «maestro de la paremiología chilena», a Barros Grez.

Nuestra raza ha heredado de la española el afán refranista, y así la paremiología hasta se ha metido con los políticos. Don Manuel Montt hizo célebre aquello de que «más logran los diez que gritan que los diez mil que callan», en un desprecio, muy de acuerdo con su carácter, por la populachería. Ha quedado como locución refranesca aquella socarrona frase del Presidente Pérez: «¿Y si se chinga?» Por su parte, don Ramón Barros Luco dejó aquello de que «las cosas se arreglan solas». Alfredo Irarrázaval, que fué brillante orador parlamentario, ensartaba los refranes con mucha gracia en sus discursos, y tenía predilección por el tan conocido de «al enemigo que huye, puente de plata».

Pero es en el hablar del pueblo donde el refrán alcanza su más intenso colorido y su agudeza más picaresca. Nuestro «roto» es maestro en la graciosa intención que pone en sus dichos y contrapuntos y, aún usando el término grosero, encuentra la manera de darle un risueño humor. El refrán se mezcla en todas sus conversaciones; y, entre las gentes campesinas, muchas veces se saca a relucir algún antiguo proverbio español, arcaizado ya en la península, y que ha quedado vivo en los labios de algunas familias guasas de purísima cepa ibérica, sin ningún cruzamiento indígena, que han vivido siglos escondidas en un rincón provinciano.

La «Paremiología Chilena» del señor Laval resulta muy interesante en estos tiempos de resurgimiento de la 'chilenidad, y lo será cada día más para el estudio de los elementos típicos del lenguaje español de América.

CARLOS ACUÑA.